11435

TEATRO CÓMICO.

¡UN ELÍJAN!

E. M. R.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 1º.
1869.

¡UN ELIJAN!

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/unelijanjuguetec3502mede

¡UN ELÍJAN!

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO, EN VERSO, ORIGINAL

DE

DON RAMON MEDEL.

Estrenado en el Teatro de Alarcon el 1.° de Abril de 1869

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CIRIACA.....	Sra. Cruz.
ROSITA.....	Sta. Coll.
PEPA.....	Sra. Gomez
ÁNGEL.....	Sr. Medel (D. A.).
DON DIEGO.....	Sr. Galé.

La accion pasa en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Emilio Mozo de Rosales, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar; ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la coleccion de piezas, titulada *El Teatro Cómico*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Á DON ANGEL MEDEL.

Ofrecí escribirte un juguete cómico y lo he cumplido. Tú y tus amables compañeros habeis conseguido que lo aplaudan. Á todos les doy gracias por su buen desempeño; y á tí te dedica *Un elíjan*, como prueba de su cariño, tu padre

Ramon Medel

671160

ACTO ÚNICO.

Sala de paso en una casa de huéspedes. Puertas laterales y una al foro. Consolas, espejos, sillería decente, butacas, velador, etc., etc. Sobre una consola un vaso con agua.

ESCENA PRIMERA.

ÁNGEL y D. DIEGO.

ANGEL. ¿Queda usted contento, tio?
DIEGO. Sí, sobrino de mi alma.
Te lo repito con gusto.
Otra cosa no esperaba
de tu juicio. En este mundo
no sabe uno con quién habla,
y tú tienes enemigos
á juzgar por esta carta. (Mostrando una.)
Su lectura me causó
una impresion tan extraña,
que me hizo tomar el tren
el martes por la mañana.
ANGEL. Sí, tio; en la sociedad
que hoy nos rodea, son tantas
las envidias, que destruyen
la reputacion más santa.
La patrona es buen testigo

de mi vida. Doña Clara
le habrá contado á usté ya
que entre todos los de casa,
Ángel es el más juicioso,
el de conducta más llana,
el santo, que ese es el nombre
que me da doña Ciriaca.

DIEGO. Ya te he dicho que tranquilo
me ha dejado, y que me agrada
logre tan buena acogida
el vástago de mi hermana.
Si ella viviera, tendria
la satisfaccion más grata.
Pobre Pilar! Desde el cielo
con su cariño te ampara.

ANGEL. ¿Quiere usté hacerme llorar?
¿A qué recordar?...

DIEGO. Me encanta
esa sensibilidad
y en mi opinion me afianza.
Voy á ver al tunanton
que me escribió tanta farsa,
para llamarle embustero
á boca llena.

ANGEL. Y ¿qué falta
le hace á usted incomodarse
contra toda esa canalla
que sólo piensa en burlarse
de las personas sensatas?
Esos chismes se castigan
no dándoles importancia.

DIEGO. Bien dicho! Tienes talento
y muy generosa el alma.
Voy viendo que vas á ser
el orgullo de mis canas.
Dios les perdone el mal rato
que me dieron con su carta.
Ponte en mi lugar. Si á tí,
siendo tio, te contaran
que tu sobrino era un pillo,
que tu sobrino jugaba,
que no pensaba en estudios,

que requebraba muchachas,
y que andando en malos pasos
no visitaba las aulas,
¿qué hubieras hecho al instante?
lo que yo: tomar la capa,
mandar traer la maleta,
de cualquier modo llenarla,
y venir á remediar
la deshonra de tu casa.

ANGEL. Y al ver que todo es mentira
y que era una accion villana
de amigos... que no lo son
cuando urden tan negra trama,
haria lo que hace usted
y lo que el deber le manda;
no hacerles caso y quedarme
contento como unas pascuas.

DIEGO. Pues eso es lo que hago yo.
No les diré una palabra
porque no les buscaré;
pero si veo su cara
por casualidad, y vuelven
como es creïble á la carga,
porque nadie hay tan zopenco
que á las primeras se cambia,
voy á deshacer los morros
al que me escribió la carta.
¡Aragones sobre todo!
Que no me vengan con chanzas!

ANGEL. Y al ver que lo toma usted
tan á pechos... ¡cosa es clara!
en vez de tomarlo en serio,
se reirán en sus barbas.

DIEGO. Pues porque no se me rian,
les daré cada puñada,
que juro que han de bailar
la jota zaragozana.
Mas... hablando de otra cosa;
lo que de darnos acaban
¿cómo se llama en Madrid?

ANGEL. Es el almuerzo.

DIEGO. Caramba!

¿Á las doce y media almuerzo?
Pues ya no tendremos gana
para comer á las dos.

ANGEL. Si la comida va larga.
Hasta las seis de la tarde
no se come en esta casa.

DIEGO. Pues estarán los garbanzos
hechos todos una pasta.
Y esa moda ¿desde cuándo
existe en la coronada?

ANGEL. Desde que han introducido
todas las modas de Francia.

DIEGO. Ya tenia yo razon!
No podia ser de España
ese modo de comer
despues que el sol se nos marcha.
Como no hay sol en París
más que un dia á la semana,
y allí en lugar de garbanzos
se comen media patata,
por eso á la luz del gas
se arreglan con la pitanza.
¡Qué brutos somos aquí!

ANGEL. Como há tanto que usted falta
de la córte, no es extraño
que le choque esa mudanza.

DIEGO. Sólo porque es extranjera
esa moda me empalaga.
En fin, pues dice el refran:
«donde fueres, lo que hagas
ha de ser como lo vieres,»
pasaré por esa carga;
pero si ántes de las seis
me acomete la carpanta,
en el primer bodegon
me meto sin más andanzas;
me como medio cabrito
y despues caiga el que caiga.

ANGEL. Y ¿dónde va usted ahora?

DIEGO. Á ver las cosas extrañas
que habrá por estos Madriles
desde que falto. Formada

traigo una lista de todo.
Quiero ver la Castellana,
eso que llaman *los doques*
y el barrio de Salamanca.
Y el salon de Capellanes,
¿no me dirás dónde se halla?

ANGEL. Y va usted?...

DIEGO. Á ver los curas
que allí se juntan. La fama
de ese salon ha llegado
hasta nuestro pueblo, y basta
que allí hablen mucho de iglesia
para ir á ver cómo charlan.

ANGEL. Querido tio, usted trae
las noticias atrasadas.
Si allí no hay curas, ni frailes,
ni sacristanes ni nada.
Si ese salon es un sitio
en donde las mozas bailan
y donde se hacen comedias
los dias de entre semana.

DIEGO. Y ¿no van curas allí?

ANGEL. No señor.

DIEGO. ¡Cosa más rara!
Cuando digo que se juega
con la lengua castellana!
Pues entónces ya no voy.
Y las fieras ¿dónde se hallan?

ANGEL. Las de jaula en el Retiro;
mas cuando á la calle salga
apuesto yo á que se encuentra
muchas sin estar en jaula.

DIEGO. Pues vamos á ver las fieras.
Pero tú... ¿no me acompañas?

ANGEL. Como tengo que estudiar...

DIEGO. Pues entónces, nada, nada.
Estudia, que así darás
dias de gloria á tu patria.

ANGEL. ¿Va usted contento?

DIEGO. ¡De garbo!
El corazon me lo daba.
No era posible que fueras

tan pillo y tan tarambana! (Váse.)

ESCENA II.

ÁNGEL.

Mi tio vale un Perú.
Y en verdad, que aunque la farsa
que empleo con él no es cosa
ni muy recta ni cristiana,
no habia de confesarle
ni la más mínima falta.
Tambien es cierto que miente
el que le escribió la carta.
Ni soy jugador ni pillo,
y sólo tengo una falta.
Me gustan las hijas de Eva
de una manera que pasma.
Eso sí; lo que es las mozas
me electrizan, me entusiasman!
Nada hay tan bello en el mundo
como una rubia muy blanca,
como una hermosa morena,
como una trigueña clara,
como una negra de Angola,
porque como lleve faldas
no hago distincion alguna
de las negras y las blancas.
¿Es mujer? Viva el salero!
¿Es hembra? Viva la gracia!
Vieja, jamona ó pollita,
¡uy! uy! uy! que me las traigan!

ESCENA III.

ÁNGEL y CIRIACA.

CIRIACA. Angelito ¿aquí tan solo?
Y el tio?
ANGEL. Salió de casa,
y aunque quiso le siguiese
para ver calles y plazas,

sin despedirme de usted
no quise darle compaña.

CIRIACA. Muchas gracias, Angelito!
Siempre tan rendido, gracias!

ANGEL. (Con candidez fingida)
Me gusta más con usted
hablar en juiciosa calma
que correr esa Babel
donde hay peligros sin tasa.
Virtud y recogimiento
no son prendas que se hallan
más que en usted, y usted sabe
que á mí la virtud me encanta.

CIRIACA. Y á mí un jóven comedido;
y yo no soy mogigata.
Si usted logra que su tio
sus deseos satisfaga,
y está, cual dice, dispuesto
á cumplirme su palabra,
pareja como nosotros
no ha de haber en toda España.
¿Oyó usté anoche el sermon?
¡Qué bien el cura explicaba
los goces de un matrimonio
que en la religion se ampara!

ANGEL. Sí señora: sus doctrinas
tal efecto en mí causaban,
que, á pesar de tales goces
y de verla y contemplarla,
como conventos hubiera
fuera monje de la Trapa.

CIRIACA. ¡Qué locura! En todo estado
las perfecciones se alcanzan.
Y lo que el cura decia;
Dios bendice uniones santas
y liga dos corazones
con el nudo de la gracia.

ANGEL. La gracia es la que seduce,
y como su gracia es tanta,
de gracia en gracia guiado
mi corazon se entusiasma.
Yo correspondo al cariño

de quien á mí se consagra,
que, como dice San Pablo,
«amor con amor se paga.»

CIRIACA. ¡Qué texto tan expresivo
usa el apóstol!

ANGEL. Guiada
mi fe por tales doctrinas
la amo cual usted me ama.

CIRIACA. Pues mis recelos tenia.

ANGEL. De qué?

CIRIACA. De que se burlára
de mí viéndole tan jóven
pretender mi mano blanca.
No van los pollos hoy dia
tras la que ya peina canas.
Es verdad que dijo el cura
con la reflexion más sabia:
«Creced y multiplicaos,
que la Escritura lo manda;»
y el cura no hizo excepcion
ni de niñas ni de ancianas.

ANGEL. ¿Quiere usted callar, señora?
La sociedad no rechaza
á la que está todavía
fresca como una manzana.
Si está muy seco el jamon
por su dureza nos cansa;
mas cuando fresco se encuentra
da gusto comer las magras.

CIRIACA. ¡Qué símil tan oportuno!

ANGEL. Símil que sale del alma,
y que asimila dos cuerpos
de perfecta semejanza.
Seremos Páris y Elena,
Marco Antonio y Cleopatra,
Putifar y Faraon,
yo Endimion y usted Diana,
usté Isabel, yo Marsilla,
y otros mil que tienen fama
de haber sido en este mundo
rocas de amor y constancia.

CIRIACA. Si lo seré. Todos esos

que de la historia sagrada
cita usted como modelos,
serán mi norte.

ANGEL. Ciriaca!
Del sétimo sacramento
haremos entrambos gala.

CIRIACA. Viene gente, y no quisiera
que juntos nos encontráran;
pues aunque yo reprimiera
el placer que ahora me embarga,
sospecho que lo dirian
los colores de mi cara.

ANGEL. Siento que usted me abandone.
Hasta luego.

CIRIACA. Cosa es clara.
Cuando á Rosa en su labor
la vea muy ocupada,
volveré á hablar con usted,
si es que no sale de casa.

ANGEL. Leyendo á San Agustin
me encontrará en esta sala.

CIRIACA. Adios, ángel de mis glorias!

ANGEL. Adios, mística Ciriaca!

ESCENA IV.

ÁNGEL y ROSA, que sale por el foro en cuanto desaparece Doña Ciriaca.

ROSA. ¿Ha visto usted á mi tia?

ANGEL. Ha entrado en su habitacion.

ROSA. Voy, que si me echa un sermon...

ANGEL. ¿Ya se vá usted, Rosa mia?
(Con pasion y con entusiasmo.)
¿No me quiere conceder
que admire sólo un momento
de esos ojos el portento
que han trastornado mi ser?
¿Piensa usted que en su retiro
no la sigue mi memoria,
y es usted toda mi gloria,
y que por usted deliro?

Sí, Rosa, de esta pasion
tan sublime como ardiente,
que embarga toda mi mente
y llena mi corazon,
no le es dado á usted dudar:
há tiempo me convencí
que yo para amar nací
y usted nació para amar.
Ese acento encantador
que escucho dia tras dia,
¿no es verdad, gacela mia,
que está respirando amor?
Si tanto este amor alcanza,
sea usté entre tantas flores
la estrella de mis amores
y el ángel de mi esperanza!

ROSA. Angelito, de mi fé
le he dado pruebas colmadas,
y en ocasiones contadas
sus protestas escuché.
Pero... temo, á la verdad,
ser burlada y no querida.
Sabe usted lo pervertida
que se halla la sociedad.
Y si llegára á sufrir
desden, abandono ó tédio,
no tendria otro remedio
que resignarme á morir.

ANGEL. ¿Tú morir, ángel de amor?
Tú morir, cuando en mis brazos
va el alma rota en pedazos
tras tu aliento embriagador?
Vida hermosa y placentera
nos aguarda solamente
si es que tu tia inclemente
no pretende que yo muera.
Para tí mi corazon
se guarda leal y puro.
¿Juras ser mia?

ROSA. Lo juro.

ANGEL. Dará envidia nuestra union
á las edades futuras.

Ángel de Rosa será
y nuestro amor subirá
á las celestes alturas.
De tu sonrisa á través
veo un cielo, al que me acojo;
por eso, Rosa, me arrojo
con entusiasmo á tus piés. (Arrodillándose.)

ROSA. Alza, por Dios! Si mi tia
por casualidad saliera
y arrodillado te viera
yo no sé lo que diria.

ANGEL. (Canario! Tiene razon.
Levantemos por si acaso.)
Voy á dar el primer paso
que eternice nuestra union.
En cuanto venga mi tio
nuestros amores le cuento,
y has de ver como al momento
accede al deseo mio.

CIRIACA. (Desde dentro llamando.)
Rosa?

ROSA. Adios; estar aquí
no puedo un momento más.

ANGEL. En cuanto puedas saldrás?

ROSA. Todo lo arrostro por tí. (Con pasion.)
No te olvides de mi fe;
tus juramentos recuerda,
y no quieras que yo pierda
la fe que te consagré.
No trueques mi dicha en lloro,
y al mirar mi corazon
mátame por compasion
ó ámame, porque te adoro!!

ESCENA V.

ÁNGEL.

Pobre chica! Está ya visto:
soy del amor el emporio.
No hay otro don Juan Tenorio
que á mí me venza en lo listo.

Yo á la tia conquisté,
yo á la sobrina vencí;
y á una Pepa que hay aquí
con maña la engatusé.
Y á no ser ya sesentona
la patrona, y á más fea,
por la diosa Citeréa
que rendia á la patrona.
Y pues no me pinta mal
amor que está tan repleto,
yo seré el tipo completo
del amante universal.

ESCENA VI.

ÁNGEL y PEPA.

PEPA. Sobre la mesa encontré
su petaca, y se la traigo. (Dándosela.)
ANGEL. (Con desenfado.)
Gracias, salero bonito!
PEPA. Sin sal, porque se ha acabado.
ANGEL. Y ¿para qué quieres sal,
si en tu cuerpo y en tu garbo
hay tanta, que por dó quiera
la vas vertiendo á puñados?
PEPA. No empecemos, señorito!
Cree usted que yo me mamo
el dedo, y que yo no sé
que es usté de tiros largos,
y no puede una paleta
verse señora de un salto?
ANGEL. Y ¿no sabes que el amor
no repara en los refajos,
y estoy chalado por tí
desde el pelo hasta los tuétanos?
No quiso Páris á Elena
con las ansias que yo paso,
ni á Eneas queria Dido
con amor más acendrado,
ni Isabel quiso á Marsilla
en Teruel, cual yo te amo.

¿No te lo dije el domingo
en Capellanes bailando?
¿En el café de Cervantes
no te repetí otro tanto?
Pues entónces ¿por qué dudas?

PEPA. Porque los hombres son falsos.
Porque usted tiene un pariente
que segun lo que he notado,
alcanza poco de aquí;
(Señalando á la frente.)
y si usted le dice algo
que huela á boda conmigo,
le arrea á usted un sopapo
que va usté á bailar la polka
sin que la toque el piano.

ANGEL. ¡Qué corta de alcances eres!
Como no es mi padre, es llano
que haré lo que me acomode.
Quiéreme tú sin reparo,
que ya verás como el cura
nos pone aquel cordon blanco
y nos quedamos uncidos
como dos y dos son cuatro.

PEPA. Ya he dicho á usté que con boda
entro yo sin arrumacos.
Lo que es otra cosa... ¡Quiá!
Tengo yo muy bien sentado
mi aquel... y no sufriria
que viniera un pelagatos
á pasarse del palique
ni á cazar en despoblado.
Aunque paleta, ya sé
dónde me aprieta el zapato!

ANGEL. Oye, deidad berroqueña,
ya sabes que no te faltò;
que llevo buena intencion
aunque te coja la mano. (Lo hace.)

PEPA. Por eso se lo permito.
Si con boda lo arreglamos,
más vale un buen acomodo
que andar sirviendo.

ANGEL. Está claro.

Tú me servirás á mí...
y yo á tí... Pierde cuidado,
que dos casados se sirven
sin tener que dar salario.
Y ¡qué retrechera ibas
el domingo!

PEPA. Pues es llano!
Mire usté, todo era mio;
porque como yo lo gano
y á mí nadie me regala,
no me gusta llevar trapos.

ANGEL. Es que presientes, Pepilla,
lo que has de ser á mi lado.
Llevarás... muy buena ropa...
que cuando estemos casados...
(Abrazándola.)
ya verás...

PEPA. (Haciendo dengues) Si viene álguien...

ANGEL. Chica, si estamos tratando
de la boda.

PEPA. Así me gusta!

ANGEL. Pues por lo mismo te abrazo!
Como llevo intencion buena
no te ofendo!

PEPA. Así... lo paso!

ANGEL. Vestido... con mucha cola.

PEPA. No, señor, que ya ha pasado.
En cuanto casada esté
echo el miriñaque á un lado.

ANGEL. Bueno, pues vestido corto.

PEPA. Y botas rusas con lazo!

ANGEL. (Cogiéndola por la cintura.)
Y un cinturon á este talle
que lo haga más delicado.
Olé, salero! Y... ¡qué mona
te pondrás! Te estoy mirando...
y me estoy volviendo loco...
y me derrito... y me caigo...
¡Vivan las chicas morenas!
Olé! Que viva ese garbo!
(Al ver á Doña Ciriaca cambia de pronto de entonacion, y dice á Pepa de mal modo lo que sigue.)

(Doña Ciriaca!) Mil gracias
por la petaca, y si acaso
me la dejase otra vez,
me avisa usté en almorzando
y no me la traiga usted.

PEPA. (Extrañando el tono de Angel, se vuelve y ve á Doña Ciriaca.)
(Ah! que es la vieja! Ya caigo!)
Descuide usted, señorito:
no volveré á importunarlo!
(Maldita bruja! Las viejas
sólo sirven de espantajo.
Á lo mejor del negocio
vino el mochuelo á estorbarlo!) (Váse.)

ESCENA VII.

ÁNGEL, CIRIACA.

CIRIACA. Qué era eso?

ANGEL. Que esa chica
záfia, torpe y sin el baño
de la buena educacion
á que estoy acostumbrado,
me traia la petaca
que olvidé en la mesa, y... vamos...
Como yo no puedo ver
caras con tanto descaro,
la decia que se fuera
con un tono algo alterado.

CIRIACA. Todavía lo está usted.

ANGEL. Lo creo, porque este caso
se iba ya poniendo... sério,
y si no corta el relato
la mando con mil y más
de mi paciencia abusando.

CIRIACA. La paciencia es una cosa
que con gusto ejercitamos
los que en el mundo vivimos
con virtud y con recato.
Dejemos á esa... mozuela,

y en otro asunto pensando,
continuaremos, si gusta,
el interrumpido diálogo.
Como le hube prometido
vuelvo á verle.

ANGEL. Y yo lo aplaudo,
porque su vista me da
tranquilidad y descanso.

CIRIACA. ¿No ha vuelto el señor don Diego?

ANGEL. No señora.

CIRIACA. Estoy ansiando
su vuelta, porque supuesto
que ya le tiene á su lado,
hará más pronto el negocio
que por cartas. No descanso
hasta que usted logre de él
el sí que tanto anhelamos.
Pero, por Dios, Angelito;
ya que mi paz ha turbado
con su rostro y sus palabras,
ya que logra que á mis años
escuche amorosa plática,
y mi corazon de mármol
sea ya de blanda cera,
no retarde el tan ansiado
momento.

ANGEL. De ningun modo.
Yo soy muy formal, y acabo
de combinar la manera
de hablar al tío. Yo aguardo
que al reclamarle su vénia
me la dé; mas por si acaso
negase mi pretension,
y convertido en tirano
interpusiese su veto,
estoy ya determinado:
si no me da su permiso
sin su permiso me caso.

CIRIACA. (Con zalamería.)
¿Tanto amor hay en su pecho?

ANGEL. Tanto que no sé explicarlo!

CIRIACA. Y me quieres? (Ya con energía.)

ANGEL. Con locura!
CIRIACA. Me adoras?
ANGEL. Con entusiasmo!
CIRIACA. Serás mio?
ANGEL. Hasta la muerte!
CIRIACA. Tu gozo...
ANGEL. Será tu mano.
CIRIACA. Tu ventura...
ANGEL. Verte mia!
CIRIACA. Me faltarás?
ANGEL. Yo no falto.
CIRIACA. Viviremos...
ANGEL. Como tórtolas.
CIRIACA. Pensando en mí?
ANGEL. Y en San Pablo!
CIRIACA. Con frenesí?
ANGEL. Con delirio!
CIRIACA. Yo tambien!
ANGEL. Ya me hago cargo.
CIRIACA. Será nuestra casa...
ANGEL. Un cielo!
CIRIACA. Cielo de paz!
ANGEL. Y de encas!
CIRIACA. Soy feliz!
ANGEL. Yo soy dichoso!
CIRIACA. Dulce iman!
ANGEL. Dueño adorado!
CIRIACA. Seré .. tu Samaritana.
ANGEL. Y yo... tu Samaritano.
CIRIACA. Lo juras?
ANGEL. Puesto á tus piés!
CIRIACA. Ven, Angelito á mis brazos.
ANGEL. (Abrazándola.) Y ellos sean la cadena que me retengan esclavo.

ESCENA VIII.

DICHOS y ROSA.

ROSA. Tia... Dios mio! Qué veo?
CIRIACA. Á tiempo llegas, Rosita.

(Sin soltar á Ángel, que quiere desprenderse de ella.)
De gozo el alma palpita.
Ya se cumplió mi deseo.

ANGEL. (Buena la hice!)

CIRIACA. Angelito
cual tu tio se presenta.

ANGEL. (Si no lo dice, revienta.)

ROSA. Pues... ¿cómo? (Turbada.)

CIRIACA. Humilde y contrito.
Su declaracion oí,
y cuando por mí salias
en mis brazos le verias!

ROSA. (Con entonacion trágica y yendo á caer en la butaca.)
Traidor!! Yo... muero!... Ay de mí!!

CIRIACA. Mi sobrina! (Acudiendo á ella.)

ANGEL. (Qué sudor!)
(Pasando la mano por la frente.)

CIRIACA. Rosa!! Pero yo estoy loca!
(Volviendo á Ángel.)
¿No has oido de su boca
que te llamaba traidor?
La frase que pronunció...
y su desmayo... me indican...

ANGEL. (Que en la parroquia repican
porque la fiesta se armó)

CIRIA A. Y no vuelve... ¡Santo Dios!
Tú estás turbado... ¡cruel!
¿Acaso, pese á Luzbel,
nos querias á las dos?
Responde!

ANGEL. Sí... que lo oí...
pero...

CIRIACA. (Gritando.) Disculpas á un lado!
Entónces... me has engañado?
Traidor!! Yo muero! .. Ay de mí!
(Cayendo desmayada en brazos de Ángel.)

ANGEL. Bueno! Bien! Y ¿qué hago yo?
Pepa! Pepa! Vinagrillo! (Llamando.)
Pepa!

ESCENA IX.

DICHOS y PEPA.

PEPA. Vaya un caramillo!
Qué veo! Se desmayó? (Por Doña Ciriaca.)
Calla! Y tambien la Rosita!
(Reparando en ella.)
¿Qué ha pasado en esta sala?

ANGEL. Que Rosa se ha puesto mala,
y la tia...

PEPA. (Procurando moverla.) Señorita!!

ANGEL. Agua, por Dios, que va larga
la tormenta de las dos.
Pepa, por amor de Dios,
que no puedo con la carga.

PEPA. Si hay aquí! Mas ¿qué seria
(Trayendo un vaso que hay sobre la consola.)
lo que á tanto las llevó?

ANGEL. Que como Rosita vió
(Sin reparar en lo que dice.)
que yo abrazaba á la tia...
(Adios!!! Solté la traílla!)

PEPA. Pues hombre, alabo el descaro!
(Dejando el vaso.)
Y lo dice poco claro! (Furiosa.)
Si usté es un pillo!

ANGEL. Pepilla!
Ayúdame por aquí,
que luégo te contaré...

PEPA. Si no tiene usté de qué...
Traidor! Tunante! Ay de mí!!
(Cayendo en una silla á la parte contraria de Rosa.)

ANGEL. Anda, salero! Y despues
dicen que el amor es gozo.
Por el amor de un buen mozo
se han desmayado las tres.

CIRIACA. Ay! (Quejándose, pero sin moverse.)

ANGEL. Esta ya vuelve en sí.

ROSA. Ay! (Lo mismo que su tia.)

ANGEL. Tambien Rosa suspira.

Señor, parece mentira
que estén tan muertas por mí.
Y la nieta de Pelayo (Por Pepa.)
no tiene de volver trazas.
Pues si me dan calabazas
las tres... yo no me desmayo.
¿Á quién pido proteccion?
Favor! Y esta no me suelta!

ESCENA X.

DICHOS y D. DIEGO.

DIEGO. Sobrino, ya estoy de vuelta.
Qué miro! Qué procesion!
Tres mujeres desmayadas,
y tú sirviendo de estorbo...
¿Qué es esto?

ANGEL. El cólera morbo.
¿No ve usted tres atacadas?
Mas de ellas ya vuelven dos.
(Viendo que Ciriaca y Rosa se mueven.)

PEPA. (Levantándose de pronto y furiosa.)
Y la otra tambien, só tuno,
que no me engaña ninguno.

ANGEL. Pero, Pepilla, por Dios...

PEPA. No señor!... Embusteron!
Ya sé lo que pretendia!
Me abrazaba y me decia (Contándolo al tio.)
que era con buena intencion.
Dé usté gracias que le ampara
el que yo sea cortés,
por que si no de un revés
le deshacia la cara.
¡Á la niña y á la anciana
por el dia y por la noche
abrazaba á troche y moche!...

ANGEL. Calla!

PEPA. ¡No me da la gana!

DIEGO. (Que ha oido á Pepa con la boca abierta.)
Yo estoy lelo!

CIRIACA. (Incorporándose.) Sí, señor!

Y á mí, que me tentó el diablo,
con las citas de San Pablo
me declaraba su amor.
Yo creia en sus locuras:
vió mi flaco, y el truhan
revolvia con afan
las Sagradas Escrituras.
Pedir queria mi mano,
y era tal su villanía,
que hace poco me decia
que era mi samaritano.
Ángel con boca de miel
le creí... mas ya no dudo,
porque es un ángel patudo
mucho peor que Luzbel.

DIEGO. (Á Rosa, que se ha levantado al oir á su tia.)
Y usted, niña?

ROSA. (Con pasion.) Yo le oí
con el candor de mi fe,
mi vida le consagré
cuando á mis plantas le ví.
Mas mi amor no era ilusorio;
y él, adiestrado en su escuela,
me llamaba «*su gacela,*»
cual otro don Juan Tenorio.
Su boca, de mieles llena,
juraba amor y constancia,
y exhalaba la fragancia
del clavel y la azucena.
Con acentos seductores
dijo que era, en su bonanza,
la estrella de su esperanza
y el ángel de sus amores.
Hoy advierto mi locura,
sintiendo ¡testigo Dios!
que no durmamos los dos
en la misma sepultura!

DIEGO. (Á Angel.) Conque ¿eres á no dudar
perrito de muchas bodas?

ANGEL. (Entusiasmado.)
Tio! Si me gustan todas!!
No lo puedo remediar.

DIEGO. Y turbando su sosiego,
á veinte amores consultas
sin temor á las resultas?
¿Quién te ha enseñado ese juego?
Pues yo no puedo pasar
por tan malos procederes.
El que burla á las mujeres
sólo es un loco de atar.
Empeñado en este asunto
no haces más de amores gala.
Has de salir de esta sala
hecho marido ó difunto.
Y ve que lo digo en sério.
Ahora mismo has de elegir
una, si no quieres ir
camino del cementerio!

CIRIACA. Bien sentenciado! (Resuelta.)

PEPA. (Id.) Eso es.

ROSA. Y yo con temor me acerco...

ANGEL. Tio!!

DIEGO. Nada. Yo soy terco
como buen aragonés.
Elige!

ANGEL. Válgame Dios!
Pese á mi negra fortuna!
¿No ve que si elijo á una
voy á desairar á dos?
Y eso, tio, es una infamia!

DIEGO. Acaso quieres, villano,
darles á las tres la mano
ejerciendo la trigamia?
Una... y gracias! Vamos, vivo!

ANGEL. Entónces... voy á escoger...
(Mirando á las tres.)
Pero... ¿á quién?... No puede ser.
Es mi amor tan expansivo!...

PEPA. Á tu Pepa! (Dirigiéndose á él abierta de brazos.)

CIRIACA. (Lo mismo.) Á tu Ciriaca!

ROSA. (Juntando las manos como en súplica.)
Escoge á tu dulce iman!

ANGEL. (Pues no tienen poco afan
de ponerse la casaca.)

Vaya!... Cachaza! Allá voy! (Con calma.)
Aunque... Ciriaca... me gusta...
tiene un porvenir que asusta,
y por otra cosa estoy.
Mucho me agrada el sermon...
Y San Pablo y San Benito...
y como con apetito
cuando está fresco el jamon:
mas... dice la medicina
que hay peligro en tal regalo,
y que el jamon es muy malo
porque encierra la triquina.
(Á Ciriaca.) Culpa á mi tio querido
si te agravia mi franqueza,
que á cometer tal bajeza
nunca me hubiera atrevido.

CIRIACA. ¡Dios de Israel! (Con sentimiento.)

DIEGO. Y va una!

ANGEL. Pepa... tu salero... es tal,
que no te hace falta sal
para comida ninguna.
Bailas á la perfeccion
el can-cán y la habanera,
y á toda costa quisiera
entregarte el corazon;
pero...

PEPA. (Con desparpajo.) No siga usté más,
que por ese retintin
es su amor un bailarin
que ha equivocado el compás.

ANGEL. Si te sabe mal...

PEPA. No á fe:
tengo de mi amor en pago
un lancero de Santiago
que me gusta más que usté.
Por tamaña friolera
mi pecho no se atraganta,
que si no soy estudianta...
no importa, seré lancera!

ROSA. Sola me quedo! (Con regocijo.)

DIEGO. Y van dos!
Poco queda en que escoger.

ANGEL. Es, Rosa, tu rosicler
como emanacion de Dios!
Quisiera á tu pecho fiel
dar la calma, vida mia,
que eres rosa que se cria
de mi amor en el vergel;
pero... indeciso me ves...
casarme es dar un mal paso...
En fin, tio... no me caso (Con resolucion.)
con ninguna de las tres.

DIEGO. Ahora sí que me alboroto.
De mí no te burlas tú;
ó escoges, por Belcebú,
ó aquí mismo te acogoto.

ANGEL. Vaya un empeño!

DIEGO. (Con energía.) La cosa
no tiene otra compostura.
Hoy ha de ser tu futura,
ó Pepa, ó Ciriaca, ó Rosa.
Y digo en aragonés
con resolucion discreta
lo que decia un poeta;
vamos... ¿Á cuál de las tres?

ANGEL. Pues... una vez que se irrita
y lo manda tan formal,
si usted no lo lleva á mal
me casaré... (Todas le miran con ansiedad.)
con Rosita!

DIEGO. Me agrada! (Muy contento.)

ROSA. (Con orgullo.) Yo he triunfado!

DIEGO. Así el gusto se concilia.
Tiene toda mi familia (Á Pepa y Ciriaca.)
el gusto muy delicado!

PEPA. (Con despecho.) (Soltó una coz!) Bien se vé!
De mi fortuna reniego.

CIRIACA. (Con intencion muy marcada.)
Y usted es viudo, don Diego?

DIEGO. ¿Por qué lo decia usté?

CIRIACA. Porque yo...

DIEGO. Doña Ciriaca,
no siga usted adelante,
con una tuve bastante

y he colgado la casaca.

ANGEL. (Á Rosa.) Preso estoy entre tus redes.

ROSA. (Tendiéndole los brazos.)
Yo soy de tu amor esclava.

ANGEL. (Al público.) Como el juguete se acaba,
vengo á presentar á ustedes
á mi esposa idolatrada,
que aunque me gustaban todas,
yo celebraré mis bodas
si me dais una palmada.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Gossart.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	Gonart.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	H. de Delmas.
Burgos	Rodriguez.
Cáceres	Jimenez.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C.ª de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Hijos de Fé.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Carboneres.
Valladolid	Nuevo.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.